

**Nuestro mal  
viene de más lejos**



**LA PROSA DEL MUNDO**

**Alain Badiou**

# **Nuestro mal viene de más lejos**

Pensar las matanzas del 13 de noviembre  
y las formas contemporáneas del fascismo

Traducción de María del Carmen Rodríguez

**ci** Capital intelectual

Badiou, Alain

Nuestro mal viene de más lejos : pensar las matanzas del 13 de noviembre y las formas contemporáneas del fascismo / Alain Badiou.  
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Capital Intelectual, 2016.  
96 p. ; 18 x 12 cm.

Traducción de: María del Carmen Rodríguez.  
ISBN 978-987-614-502-2

I. Política Internacional. 2. Filosofía. I. Rodríguez, María del Carmen, trad. II. Título.  
CDD 327.1

Diseño de tapa: Javier Vera Ocampo

Diagramación: Daniela Coduto

Traducción: María del Carmen Rodríguez

Coordinación: Inés Barba

Producción: Norberto Natale

*Notre mal vient de plus loin*, de Alain Badiou

© Librairie Arthème Fayard, 2016.

© Capital Intelectual, 2016

1ª edición • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

Este texto es la transcripción de un seminario excepcional pronunciado por Alain Badiou, el 23 de noviembre de 2015, en el Teatro de la Comuna de Aubervilliers. El autor agradece de buen grado la hospitalidad de su directora, Marie-José Malis, y de todo el equipo del teatro.

## Índice

Introducción	11
I. Estructura del mundo contemporáneo	25
II. Efecto sobre las poblaciones	45
III. Las subjetividades reactivas	59
IV. El fascismo contemporáneo	67
V. ¿Quiénes son los asesinos?	73
VI. La reacción del Estado: “Francia” y “guerra”	79
VII. Las condiciones de un retorno de una política de emancipación disociada del esquema del mundo contemporáneo	85

## Introducción

Esta noche quisiera hablar de lo que ocurrió el viernes 13 de noviembre, de lo que nos ocurrió, de lo que le ocurrió a esta ciudad, a este país, finalmente a este mundo.

Quisiera decir primero en qué estado anímico pienso que hay que hablar de lo que es una tragedia atroz, porque a todas luces, como es sabido, y como nos lo machacan en forma peligrosa la prensa y las autoridades, la función del afecto, de la reacción sensible, es, en este tipo de situaciones, inevitable y, en cierto sentido, indispensable. Hay algo así como un traumatismo, como el sentimiento de una excepción intolerable al régimen de la vida corriente, de una irrupción insoportable de la muerte. Eso es algo que se nos impone a todos y que no se puede contener, ni criticar.

No obstante, es preciso saber –este es un punto de partida para la consideración de lo que llamo estado anímico– que este inevitable afecto,

en este tipo de circunstancias trágicas, expone a muchos riesgos, riesgos que quisiera recordar para indicar cuál será mi método.

Veo tres riesgos principales a los que nos expondría, después de este drama, la dominación exclusiva del traumatismo y del afecto.

El primero es el de autorizar al Estado a tomar medidas inútiles e inaceptables, medidas que, en realidad, funcionan en su propio provecho. Bruscamente, se pone en primer plano al Estado, y este reencuentra de manera momentánea, o cree reencontrar, una función de representación simbólica, de garante de la unidad de la nación, y otras posturas semejantes, lo cual nos permite percibir en el personal dirigente –volveré sobre ello– un goce bastante siniestro, pero evidente, de esta situación criminal. En tales condiciones, es necesario guardar una medida. Es necesario mantenerse capaz de calibrar en lo que se hace, en lo que se pronuncia, aquello que es inevitable o necesario y aquello que es inútil o inaceptable. Esa es la primera precaución que veo, una precaución de medida respecto del carácter –lo repito una vez más– inevitable e indispensable del afecto.

El segundo riesgo de esta dominación de lo sensible –llamémoslo así– consiste en el refuerzo

de las pulsiones identitarias. Ese también es un mecanismo natural. Es evidente que, cuando alguien muere de modo accidental en una familia, la familia se reagrupa, se estrecha y, en cierto sentido, se refuerza. En estos días se nos asegura, se nos dice y se nos vuelve a decir, con la bandera tricolor en la mano, que una horrible masacre en el territorio francés no puede sino reforzar el sentimiento nacional. Como si el traumatismo remitiera de manera automática a una identidad. De allí que las palabras “franceses” y “Francia” se pronuncien por todas partes como un componente evidente de la situación. Pues bien, hay que plantear la pregunta: ¿a título de qué? ¿Qué es “Francia”, con exactitud, en este asunto? ¿De qué se habla cuando se habla, hoy en día, de “Francia” y de los “franceses”? Se trata, en realidad, de cuestiones muy complejas, y es imprescindible no perder de vista esta complejidad: las palabras “Francia” y “franceses” no tienen hoy en día ninguna significación particularmente trivial, particularmente evidente. Además, pienso que hay que hacer el esfuerzo de recordar, en especial contra esta pulsión identitaria que encierra al acontecimiento terrible en una suerte de falso semblante, que estos espantosos

asesinatos masivos ocurrían y ocurren todos los días en otras partes. Todos los días, sí, en Nigeria y en Malí, en forma muy reciente todavía en Irak, en Pakistán, en Siria... También es importante acordarse de que hace algunos días más de doscientos rusos fueron masacrados en su avión saboteado, y de que en ese caso la emoción, en Francia, no fue en verdad considerable. ¡Tal vez los supuestos “franceses” identificaban a todos los rusos con el malvado Putin!

Pienso que una de las tareas fundamentales de la justicia es ampliar siempre, en la medida de sus posibilidades, el espacio de los afectos públicos, luchar contra su restricción identitaria, recordar y saber que el espacio de la desgracia es un espacio que debemos considerar, en definitiva, a escala de la humanidad entera, y que no tenemos que encerrarlo nunca en declaraciones que lo restrinjan a la identidad. Si no, a través de la desgracia misma, se testifica que lo que cuenta son las identidades. Ahora bien, la idea de que lo que cuenta, en una desgracia, es solo la identidad de las víctimas, es una percepción peligrosa del acontecimiento trágico mismo, porque, inevitablemente, *esta idea transforma la justicia en venganza.*

La tentación de la venganza es una pulsión que parece natural, como es obvio, en este tipo de crímenes masivos. La prueba de ello es que en nuestros países, que se jactan siempre de su Estado de derecho y que rechazan la pena de muerte, la policía, en el tipo de circunstancias que conocemos, mata a los asesinos desde el momento en que los encuentra, sin -cabe decirlo- otra forma de proceso, y que nadie, al parecer, se siente chocado por ello. Pero es preciso recordar que la venganza, lejos de ser una acción justa, abre siempre un ciclo de atrocidades. En las grandes tragedias griegas, hace mucho tiempo, oponían la lógica de la justicia a la lógica de la venganza. La universalidad de la justicia es lo opuesto a las venganzas familiares, provinciales, nacionales, identitarias. Ese es el tema fundamental de *La Orestíada*, de Esquilo. El motivo identitario de la tragedia conlleva el peligro de concebir la búsqueda de los asesinos como una pura y simple persecución vengadora: “Vamos a matar, a nuestra vez, a aquellos que mataron”. Tal vez haya algo de inevitable en el deseo de matar a aquellos que mataron. Pero no hay, por cierto, ninguna razón para alegrarse de ello, proclamarlo, o cantarlo como

una victoria del pensamiento, del espíritu, de la civilización y de la justicia. La venganza es un factor primitivo, abyecto, y peligroso por añadidura: es eso lo que nos enseñaron los griegos hace ya tanto tiempo.

Desde ese punto de vista, cabe inquietarse también por ciertas cosas que fueron saludadas como evidencias. Por ejemplo: la declaración de Obama.<sup>1</sup> La declaración no tenía nada de especial. Equivalía a decir que este crimen terrible no era solo un crimen contra Francia, un crimen contra París, sino también un crimen contra la humanidad. Muy bien, muy justo. Pero el presidente Obama no declara eso cada vez que hay un asesinato masivo de este tipo, no lo hace cuando las cosas suceden en lugares más lejanos, en un Irak que se ha vuelto incomprensible, en un Pakistán brumoso, en una Nigeria fanática o en un Congo que está en el corazón de las tinieblas. Y, por ende, el enunciado contiene la idea, que se supone evidente, de que esta humanidad lastimada reside más bien en Francia, y sin duda

1 “*Libertad, igualdad, fraternidad* no son solo valores del pueblo francés, sino también valores que nosotros compartimos”.

también en los Estados Unidos, que en Nigeria o en India, en Irak, en Pakistán o en el Congo.

En verdad, Obama quiere recordarnos que, para él, la humanidad es identificable ante todo con nuestro viejo Occidente. Que se pueda decir “humanidad = Occidente” no es nada extraño: lo oímos, como una base continua, en muchas declaraciones, oficiales o periodísticas. Una de las formas de esta inaceptable presunción identitaria –sobre la cual volveré– es la oposición entre bárbaros y civilizados. Lo cierto es que es escandaloso, desde el punto de vista de la justicia más elemental, dejar entender, incluso sin quererlo, incluso indirectamente, que hay partes de la humanidad que son más humanas que otras, y me temo que, en este asunto, es eso lo que se ha hecho y lo que se sigue haciendo.

Pienso que hay que romper con la costumbre tan presente, inclusive en la manera en que las cosas se cuentan, se presentan, se disponen o, por el contrario, se callan o se borran, sí, hay que perder la costumbre, casi inscrita en el inconsciente, de pensar que un muerto occidental es algo terrible y que mil muertos en África, en Asia o en Medio Oriente, o hasta incluso en Rusia, no son, al fin y al cabo, gran cosa. Esa es, en definitiva, la herencia

del imperialismo colonial, la herencia de lo que llamamos Occidente, a saber, los países avanzados, civilizados, democráticos: esta costumbre de verse uno mismo como el que representa a la humanidad entera y a la civilización humana en tanto tal. Ese es el segundo peligro que nos acecha si reaccionamos solo sobre la base de nuestros afectos.

Y hay, luego, un tercer peligro, que es el de hacer ni más ni menos que lo que los asesinos desean, esto es, obtener un efecto desmesurado, ocupar la escena interminablemente de manera anárquica y violenta, y crear en el entorno de las víctimas, al fin y al cabo, una pasión tal que ya no se pueda, a la larga, distinguir entre aquellos que iniciaron el crimen y aquellos que lo sufrieron. Porque la meta de este tipo de carnicería, de este tipo de violencia abyecta, es la de suscitar en las víctimas, en sus familias, sus vecinos y compatriotas, una suerte de sujeto oscuro –así lo llamo–, un sujeto oscuro deprimido y, a la vez, vengador, que se constituye en razón del carácter de impresión violenta y casi inexplicable del crimen, pero que también es homogéneo a la estrategia de sus comanditarios. Esta estrategia anticipa los efectos del sujeto oscuro: la razón va

a desaparecer, incluso la razón política; el afecto va a prevalecer y se propagará así por todas partes la pareja de la depresión abatida –“estoy alhelado”, “estoy chocado”– y del espíritu de venganza, pareja que va a dejar hacer al Estado y a los vengadores oficiales cualquier cosa. Así, en conformidad con los deseos de los criminales, ese sujeto oscuro se revelará, a su vez, como capaz de lo peor, y deberá ser reconocido por todos, a la larga, como simétrico de los organizadores del crimen.

Entonces, para prevenir estos tres riesgos, pienso que hay que lograr *pensar* lo que ocurrió. Partamos de un principio: *nada de lo que hacen los hombres es ininteligible*. Decir “no comprendo”, “no comprenderé nunca”, “no puedo comprender”, es, siempre, una derrota. No hay que dejar nada en el registro de lo impensable. La vocación del pensamiento, si uno quiere poder, entre otras cosas, oponerse a lo que se declara impensable, es pensarlo. Desde luego, hay conductas irracionales por completo, criminales, patológicas, pero todo eso, para el pensamiento, constituye objetos como los otros, que no dejan al pensamiento en el abandono o en la incapacidad de calibrarlos. La declaración de lo

impensable es siempre una derrota del pensamiento, y la derrota del pensamiento es siempre la victoria, precisamente, de los comportamientos irracionales y criminales.

Voy a intentar entonces aquí una elucidación integral de lo que ocurrió. Voy a tratar este asesinato masivo, de algún modo, como uno de los numerosos síntomas actuales de una enfermedad grave del mundo contemporáneo, de este mundo en toda en su extensión, y voy a tratar de indicar las exigencias o los caminos posibles de una curación a largo plazo de esta enfermedad, uno de cuyos síntomas, particularmente violento y espectacular, es la multiplicación de los acontecimientos de este tipo en el mundo.

Esta voluntad de elucidación integral va a comandar el plan de mi exposición, su lógica.

Voy a intentar, primero, ir de la situación de conjunto del mundo tal como la veo, tal como creo que se la puede pensar en forma sintética, a los crímenes masivos y a la guerra que, por el lado del Estado, fue pronunciada o declarada. Y luego voy a remontar, a partir de allí, por un movimiento inverso, hacia la situación de conjunto, no tal como es, sino tal como es necesario desear

que devenga, como se impone querer y actuar para que semejantes síntomas desaparezcan.

En un primer tiempo, nuestro movimiento irá, por lo tanto, de la generalidad de la situación del mundo al acontecimiento que nos importa, luego volveremos del acontecimiento que nos importa a la situación del mundo tal como la habremos esclarecido. Ese movimiento de ida y vuelta debería permitirnos indicar cierto número de necesidades y de tareas.

Comportará siete partes sucesivas. ¡O sea que tienen para un buen rato!

La primera parte presentará la estructura objetiva del mundo contemporáneo, el marco general de lo que se produce, que se produjo aquí, pero se produce en otras partes casi todos los días. Es la estructura objetiva del mundo contemporáneo tal como se estableció desde los años ochenta del siglo pasado. ¿Qué sucede con nuestro mundo, desde el punto de vista de lo que se estableció así insidiosamente, luego de forma evidente, después con encarnizamiento, desde hace un poco más de treinta años?

En segundo lugar, examinaré los efectos mayores de esta estructura del mundo contemporáneo

en las poblaciones, en su diversidad, en su enmarañamiento y en sus subjetividades.

Eso preparará mi tercer punto, que concierne a las subjetividades críticas así creadas. Creo que este mundo, en efecto, creó subjetividades singulares, características del período y distinguiré tres subjetividades típicas.

La cuarta parte, que va a acercarme al objeto propio de esta exposición, tratará sobre lo que llamaré las figuras contemporáneas del fascismo. Como verán, pienso que los actores de lo que sucedió aquí merecen ser llamados fascistas, en un sentido renovado y contemporáneo del término.

Habiendo llegado a este punto, comenzaré a remontar en el otro sentido, hacia aquello que debemos hacer para cambiar el mundo de tal suerte que queden excluidos de él semejantes síntomas criminales. Mi quinta parte estará consagrada entonces al acontecimiento mismo, en sus diferentes componentes. ¿Quiénes son los asesinos? ¿Quiénes son los agentes de este crimen masivo? ¿Y cómo calificar su acción?

En sexto lugar, tendremos la reacción del Estado y el moldeado de la opinión pública en torno a las dos palabras “Francia” y “guerra”.

La séptima parte estará dedicada por entero a la tentativa de construir un pensamiento diferente, es decir, de sustraerse a ese moldeado de la opinión pública y a la orientación reactiva del Estado. Se centrará en las condiciones, esclarecidas por el conjunto del trayecto, de lo que llamaré un retorno de la política, en el sentido de un retorno de la política de emancipación, o de un retorno de una política que rechaza toda inclusión en el esquema del mundo del que habré partido.